

REVISTA DE ESTUDIOS AGRO - SOCIALES

NUMERO EXTRAORDINARIO DEDICADO A

reforma agraria
y
desarrollo
en
Iberoamérica

Volumen I

Nº 52 - JULIO - SEPTIEMBRE 1965 - AÑO XIV

REVISTA DE ESTUDIOS AGRO - SOCIALES

PUBLICACION TRIMESTRAL DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS AGRO-SOCIALES

Los Madrazo, 11. MADRID

CONSEJO DE REDACCION

Emilio Lamo de Espinosa y Enríquez de Navarra.
Angel Anós Díaz de Arcaya.
Alberto Ballarín Marcial.
Pedro Bellón Uriarte.
Ramón Beneyto Sanchís.
Arturo Camilleri Lapeyre.
Amadeo de Fuenmayor Champin.
Fernando Garrido Falla.
Emilio Gómez Ayau.
Alejo Leal García.
Fernando Martín Sánchez Juliá.
Mariano Navarro Rubio.

DIRECTOR

Luis García de Oteyza.

SECRETARIOS

Miguel Bueno Gómez.
Emilio Gómez Manzanares.
Víctor Pérez Díaz.
Rafael Romero Montero.

Nº 52 - JULIO - SEPTIEMBRE 1965 - AÑO XIV

La publicación de un trabajo en la REVISTA DE ESTUDIOS AGRO-SOCIALES no implica necesariamente la adhesión del INSTITUTO DE ESTUDIOS AGRO - SOCIALES a los conceptos expuestos en el mismo.

LA EMIGRACION Y SU INFLUENCIA SOBRE EL DESARROLLO DEL CAMPO

Por

MIGUEL SIGUAN SOLER

Catedrático de Psicología de la Universidad de Barcelona

S U M A R I O :

LOS EMIGRANTES.—REPERCUSIONES SOBRE EL CAMPO.—CONCLUSIÓN.

LOS EMIGRANTES

1. CIRCUNSTANCIAS LOCALES.

DENTRO del contexto general representado por el campo o la sociedad agraria, toda ella susceptible de emigrar, en cada lugar geográfico hay condiciones concretas que influyen sobre la emigración. El tipo y la variedad de los cultivos, la estructura de la propiedad agraria, el volumen de la ganadería, las dimensiones de los núcleos de población y el grado de desarrollo social de la población (nivel de instrucción, abundancia de cooperativas, etc.) son factores fundamentales que influyen sobre la emigración campesina y que determinan diferencias de región a región. En principio, puede decirse que cuanto menos variados sean los cultivos (monocultivo) y más pobres (secano), cuanto más desfavorable la estructura de la propiedad (predominio del latifundio o del minifundio), cuanto más reducida sea la ganadería y menor el desarrollo social (bajo nivel de instrucción, escasez de cooperativas), la emigración será más abundante y en peores condiciones.

También el tamaño de las unidades de población tiene una influencia directa sobre la emigración. Cuanto menor es este tamaño, mayor es la tendencia de emigrar. Este hecho queda disimulado,

sin embargo, porque en las poblaciones agrícolas mayores se encuentran concentraciones de obreros agrícolas sin tierra.

Además de estos factores generales, hay que tener todavía en cuenta circunstancias locales que influyen sobre la emigración; así, la proximidad a un centro urbano o a un núcleo industrial o a una zona turística, la proximidad de comunicación o de una frontera, etc.

Teniendo en cuenta todos estos factores, se pueden explicar las modalidades de la emigración en cada comarca. Aquí me voy a limitar a unas observaciones muy generales sobre grandes zonas.

Una primera zona está constituida por Andalucía, Extremadura y buena parte de Castilla la Nueva. En esta zona abundan o predominan los latifundios, y la población se concentra en pueblos grandes. Hay una mayoría de trabajadores sin tierra y con contratos ocasionales. El nivel de vida es muy bajo, y el nivel cultural es, igualmente, muy bajo. A pesar de ello, la emigración ha tardado más que en otras regiones en comenzar, aunque una vez arrancada se ha producido en forma masiva. Es una emigración de bajo nivel profesional, cuyo destino principal es el peonaje.

El retraso en el comienzo del impulso emigrativo hay que atribuirlo a razones no económicas, sino sociales. Se trata de comarcas con una diferenciación social muy marcada y con relaciones de subordinación muy fuerte que produce una sociedad de mentalidad tradicional con una actitud fatalista ante las perspectivas del desarrollo económico. Incluso la marea inmigratoria da más la impresión de una huida colectiva ante la miseria, que de una decisión personal por alcanzar nuevas oportunidades.

Dado que esta región es muy extensa y poblada, los emigrantes que proceden de ella forman el porcentaje más nutrido de la corriente emigratoria a los núcleos urbanos e industriales. La emigración de esta procedencia es más aparente todavía por su tendencia a concentrarse en barrios determinados.

Una segunda zona la constituyen el resto de Castilla la Nueva y la totalidad de Castilla la Vieja.

Es una región de clima extremado, de agricultura pobre (monocultivo de cereal en secano) y ganadería escasa. La propiedad está excesivamente fragmentada. Los núcleos de población son pequeños (aldeas). El nivel cultural (instrucción) es relativamente alto, más que en las restantes zonas que cito. El desarrollo social,

en cambio, es pequeño y escasean las formas de cooperación (individualismo).

En toda la región ha existido tradicionalmente una emigración de hijos de propietarios minúsculos a la administración y los servicios. La oleada inmigrativa ha arrastrado también a los obreros sin tierra, hoy considerablemente disminuídos, pero los hijos de los pequeños propietarios continúan formando una parte importante del contingente emigrativo y dándole el tono. Es una emigración más activa y calificada que la anterior.

Una tercera zona la constituyen Galicia, Asturias y comarcas montañosas de otras provincias. Aquí al minifundio extremo se une la extraordinaria dispersión de la población, que provoca su aislamiento. El nivel de vida y el nivel cultural son mínimos.

En esta comarca la emigración ha sido tradicional y no ha necesitado de la industrialización para empezar. Por ello, ha tenido que dirigirse a las capitales importantes o a ultramar, únicos lugares que podían acoger emigrantes. Ha sido una emigración de muy bajo nivel profesional y cultural, resultado de las condiciones en el lugar de origen, pero, en cambio, muy activa y ambiciosa, que ha preferido las ocupaciones comerciales y de servicio. En la emigración actual de esta zona, estas características continúan siendo apreciables.

Finalmente, podemos considerar una última zona, constituida por las comarcas de economía relativamente próspera y situadas en la proximidad de zonas de desarrollo industrial y turístico, como en el caso de Valencia, Navarra, norte de Cataluña, etc. El nivel de vida es sensiblemente más alto que en otras regiones agrarias, y también lo es el nivel cultural y el desarrollo social. En estos casos hay emigración campesina, pero es una emigración a corta distancia y con pretensiones profesionales inmediatas. Se dan, incluso, formas complementarias de vida campesina e industrial, lo que equivale a una emigración de la agricultura a la industria sin desplazamiento geográfico.

2. EMIGRACIÓN Y ESTRUCTURA SOCIAL.

De los diferentes factores que influyen sobre la emigración, los más interesantes de estudiar son los que la relacionan con la estructura social. Aunque los motivos que explican la emigración son comunes a toda la sociedad agraria, la frecuencia de la emigración

es distinta según el lugar que los individuos ocupan en la estructura de esta sociedad. Este lugar no sólo influye en la propensión a emigrar, sino que condiciona en buena parte la forma de la emigración y su destino posterior.

Aunque la estructura social agraria, como la de toda la sociedad, es harto compleja y, en último término, inagotable, intentaré hacer algunas indicaciones generales.

a) *Nivel inferior.*—Es el constituido por los trabajadores sin tierra y por los propietarios minúsculos con una superficie de tierra cuya explotación sólo puede considerarse como una actividad complementaria.

Algunos de ellos tienen un contrato de trabajo fijo y, por tanto, ocupación estable, pero la mayoría son obreros eventuales, cuya ocupación depende de las alternativas del trabajo agrícola.

A estos obreros agrícolas hay que añadir un número considerable de trabajadores ocupados en obras públicas (reparación de carreteras), industrias auxiliares de la construcción (canteras, hornos de cal) y otras actividades de bajo nivel profesional. Generalmente, se trata también de ocupaciones eventuales.

Entre estas ocupaciones y el peonaje agrícola no hay un corte brusco, sino intercambio y complemento. Se puede considerar a los que las ejercen como trabajadores agrícolas que no encuentran trabajo en la agricultura.

La motivación de la emigración a este nivel es bien simple: fundamentalmente, emigran buscando una ocupación estable que les permita subsistir. Dada su escasa, por no decir nula, preparación profesional, su destino normal es el peonaje en la construcción o en la industria. El conseguir un contrato fijo en la industria es el límite de sus posibilidades de promoción.

En este nivel, como en todos, emigran, sobre todo, jóvenes, tanto hombres como mujeres. Las mujeres emigran muy jóvenes, a través del servicio doméstico. Los hombres, a la vuelta del servicio militar. Que emigren los jóvenes no es nada sorprendente, pues sus perspectivas futuras, si permanecen en el campo, son, prácticamente, nulas, sobre todo cuando las comparan con sus experiencias en la ciudad. Pero a este nivel emigran también familias enteras, y es sólo a este nivel que la emigración familiar es frecuente. A medida que nacen hijos, la limitación de los recursos y la inseguridad ante el futuro se hace insoportable. A partir de los treinta y cinco o cuarenta años la dificultad de adaptarse se considera un

obstáculo insuperable y la tentativa de emigrar disminuye. Más tarde, incluso en la vejez, es posible que los padres se vean obligados a emigrar arrastrados por los hijos.

Es fácil suponer que la emigración a este nivel constituye el mayor porcentaje del contingente emigratorio. Y, dado el volumen de la corriente emigratoria y su duración, hay que admitir que este nivel ha sido considerablemente drenado. En ciertos lugares —en todas las pequeñas unidades de población de la mitad norte de España—, los trabajadores agrícolas eventuales, prácticamente, han desaparecido. En la mitad meridional, en cambio, aunque disminuídos, continúan formando una “reserva” considerable.

A pesar de que esta disminución de la mano de obra disponible ha provocado la elevación de los salarios agrícolas y una mejora general de las condiciones de trabajo, el desnivel con la industria continúa siendo fuerte —tanto en el orden de la retribución como en el de la seguridad en el trabajo— y hay que suponer que la emigración a este nivel continuará con fuerza.

b) *Nivel medio.*—Es el constituido por los pequeños propietarios con una explotación que tradicionalmente se ha considerado suficiente, pero que en las actuales circunstancias ya no lo es, porque sus propietarios han elevado el nivel de sus expectativas, mientras la explotación no puede ni sufragar el esfuerzo por modernizarla y hacerla más productiva.

En este nivel hay que incluir, junto a las explotaciones familiares deficitarias, los pequeños negocios comerciales y artesanos, que también se encuentran en crisis (cambios técnicos que afectan a la artesanía, disminución del número de clientes, por emigración, en el caso de los comercios), al mismo tiempo que se eleva el nivel de aspiraciones de los sujetos.

En todas estas familias, a medida que los hijos llegan a la mayoría de edad, la situación se hace crítica y, con ello, la tentación de emigrar es inevitable.

La dispersión de la familia campesina con cada nueva generación, en las comarcas de pequeña propiedad, de alguna manera, ha ocurrido siempre. El patrimonio familiar se distribuía entre los hijos, que, a su vez, por matrimonio, adquirían nuevas parcelas. Pero para mantener el equilibrio era forzoso que algunos emigrasen. Unos, porque tenían más capacidad o porque encontraban alguna ayuda, cursaban estudios medios (sacerdocio, magisterio); otros ingresaban en actividades burocráticas o de servicios (escri-

bientes de Juzgado, Guardia civil, etc.); otros intentaban abrirse camino en la ciudad (dependientes); otros, finalmente, en las comarcas más pobres y cercanas al mar, emigraban a América.

Dado que las dimensiones mínimas de la explotación familiar rentable han aumentado considerablemente, esta emigración de hijos de pequeños propietarios ha experimentado un gran incremento y tiende a considerarse normal que sólo uno de los hijos continúe en la tierra.

Esta emigración de pequeños propietarios es mucho más favorable para sus sujetos que la que acabamos de examinar. Se trata, en principio, de hombres jóvenes con ciertas aspiraciones, que pretenden ser más de lo que habrían sido permaneciendo en la tierra. Su instrucción, aun reducida a la elemental, es, normalmente, superior a la de los hijos de los trabajadores (superioridad que se explica por la mayor necesidad de trabajar pronto en los hijos de los trabajadores y, también, por razones geográficas; en las regiones de pequeña propiedad, y especialmente en Castilla, el nivel escolar es más alto). Finalmente, se trata de una emigración menos precipitada que en el nivel inferior, con más tiempo para elegir una oportunidad favorable.

El destino de esta emigración sigue los patrones tradicionales que ya he indicado, considerablemente ampliado con las nuevas posibilidades que ofrecen los servicios (chófer, camarero, etc.) y la industria (peón especialista, aprendizajes que no exijan grandes conocimientos previos). Su limitación radica en la falta de formación profesional, que en el pueblo no han podido recibir.

Esta limitación es, sobre todo, fuerte para la emigración femenina en este nivel. El número de las hijas de pequeños propietarios que pueden acceder a algún tipo de estudios medios (magisterio) es, forzosamente, pequeño. La mayoría sólo puede emigrar a través del servicio doméstico y, por tanto, en igualdad de condiciones con las hijas de los trabajadores agrícolas.

He dicho ya que la emigración a este nivel está constituida, sobre todo, por individuos jóvenes. Por supuesto, hay familias que, ante las dificultades insuperables que les plantea su explotación, piensan en emigrar. Pero su situación es distinta a la de los trabajadores sin tierra. Ellos poseen una tierra que, mejor o peor, les ha mantenido hasta ahora y que, moralmente, no pueden abandonar para correr una aventura de resultado incierto. En general, sólo se decidirán a emigrar si la ciudad les ofrece un mínimo de

seguridad en la ocupación y en la vivienda. La ilusión de conseguir una portería en Madrid o Barcelona, representa muy bien esta actitud.

A veces, la familia de este nivel se aventura a emigrar vendiendo sus bienes, para con su importe establecerse en la capital. Una aventura de este tipo termina, fácilmente, en decepción y fracaso, porque la situación alcanzada, en el mejor de los casos, no es superior a la que se había alcanzado partiendo del peonaje.

Finalmente, el pequeño propietario ya mayor puede emigrar arrastrado por sus hijos, porque ninguno de ellos ha querido continuar la explotación familiar. Es la figura más patética de la emigración.

c) *El nivel superior.*—Si los dos estratos que acabo de mencionar son, relativamente, fáciles de definir, aun aceptando que en su interior caben grandes diferencias, al intentar hablar de nivel superior hay que limitarse a definirlo por relación a los inferiores, renunciando a cualquier caracterización objetiva. El nivel superior de propietarios tiene un significado totalmente distinto en Andalucía que en Castilla o en Galicia, en un municipio importante o en una aldea.

Para dar sentido a mis comentarios, limitaré el nivel superior a las familias que cumplen las siguientes condiciones:

a) Residen en la localidad donde está radicada la propiedad que explotan.

b) La extensión y el volumen de su explotación les sitúan en el nivel superior de la estructura local.

c) La explotación les permite cubrir sus necesidades familiares hasta el punto que pueden, si lo desean, dar educación superior a sus hijos.

Dejo, pues, al margen:

a) Los grandes propietarios que pueden residir lejos de la comunidad local. Para ellos la posibilidad de la emigración no se plantea.

b) Los mayores propietarios en la aldea, que, de hecho, son pequeños propietarios y, por tanto, corresponden al nivel social que antes hemos examinado.

Las familias del nivel superior así definido no tienen razones económicas para emigrar. Sienten, sí, un contraste entre su situación privilegiada y la pobreza de las formas de vida en el pueblo

y, con ello, la nostalgia de vivir en una capital o en una población más importante. Los miembros femeninos de la familia son, especialmente, sensibles a este contraste.

Por otra parte, y como ya he dicho, los hijos de estas familias tienen la posibilidad de estudiar; posibilidad, normalmente, aprovechada, aunque sólo sea por razones de prestigio.

Que los hijos de los propietarios cursen estudios superiores es un hecho con una larga tradición, al menos en ciertas regiones. Pero ello no impedía que una parte de la descendencia continuase o regresase a la propiedad agrícola, que era la fuente de la prosperidad familiar. Por otra parte, la mayoría de los que estudiaban regresaban al medio rural —aunque no fuese a la propiedad familiar— como profesionales superiores, abogados, médicos, jueces, notarios, etc.

Hoy, esto es menos seguro. Tras el período en la Universidad y el contacto con la vida urbana, la vuelta al medio rural se hace más incómoda, incluso si la propiedad familiar ofrece una subsistencia asegurada.

El cambio de mentalidad es, sobre todo, visible en el sexo femenino. Actualmente las hijas de los propietarios empiezan a cursar estudios, lo que antes no ocurría. Pero para esta muchacha, una vez que ha pasado unos años en la Universidad, la perspectiva de volver al pueblo para convertirse en esposa de otro propietario acomodado, pero viviendo en un pueblo sin espectáculos ni vida cultural y en una vivienda sin agua corriente ni servicios, es una perspectiva que no la entusiasma o frente a la que se rebela. Así, los estudios se convierten en un camino de emigración.

Es cierto que esta emigración por el estudio no siempre representa un abandono del medio rural. Como ya he dicho, una cierta proporción de profesionales superiores —médicos especialmente— regresan a él. El fenómeno es, sobre todo, importante en profesiones tradicionales (no técnicas) con estudios medios, que se nutren en gran cantidad de hijos de pequeños propietarios (maestros, sacerdotes, secretarios municipales, etc.). Pero el balance, en conjunto, es bastante desfavorable para el campo; sólo una pequeña proporción de los que tienen acceso al estudio regresan al medio agrario.

Esta emigración a través del estudio es, numéricamente, muy poco importante si la comparamos con el total de la emigración. Cualitativamente, en cambio, es importantísima y sus con-

secuencias sobre el futuro del campo muy graves. Significa la descalificación progresiva del campo.

Si la emigración del peonaje agrícola se justifica fácilmente, se compensa —con maquinaria, por ejemplo— y, en conjunto, puede incluso considerarse como un hecho positivo; si la emigración de los pequeños propietarios puede intentar frenarse o compensarse con medidas de desarrollo cooperativo, la emigración de los jóvenes en camino de calificarse profesionalmente no tiene ningún aspecto positivo para el campo ni puede compensarse con nada.

3. EDAD Y SEXO.

La edad tiene una clara influencia sobre la emigración. Por diferentes razones, los jóvenes son los sujetos más aptos para emigrar. Ellos son los más sensibles a la información sobre las formas de vida ciudadana y, por tanto, los que más sienten el contraste entre sus aspiraciones y la limitación de posibilidades que su medio les ofrece. Al mismo tiempo, son los que más libres y más fuertes se sienten para arrostrar el cambio que supone la emigración. A medida que pasan los años, no sólo disminuyen las fuerzas y las aspiraciones, sino que aumentan las responsabilidades, y, con ello, los riesgos de la emigración se hacen más pesados.

La constitución de una familia y la presencia de los hijos puede dar nuevos motivos para emigrar, bien como aspiración —deseo de ofrecer mayores posibilidades a sus hijos—, bien como fatalidad sufrida —imposibilidad de mantenerlos con los ingresos conseguidos en el campo—. Pero también en este caso la decisión es tanto más fácil cuanto más joven es la familia.

En conjunto, puede decirse, por tanto, que a partir de un mínimo de edad la emigración es tanto más fácil cuanto más joven es el individuo, y que con el paso de los años la emigración es cada vez menos una decisión libre y esperanzada y más un resultado fatal de las circunstancias.

Aunque los que decidan emigrar sean principalmente jóvenes, en el contingente total de la emigración están representadas todas las edades. Por un lado, los emigrantes jóvenes arrastran a una parte de sus familiares ancianos. Por otra, los emigrantes casados emigran con la totalidad de sus hijos menores. A pesar de lo cual la media de edad de los emigrantes es inferior a la media de edad de la población general.

En cuanto al sexo, en cambio, la proporción de hombres y mujeres en la emigración es sensiblemente igual a la de la población general. Las estadísticas publicadas indican un ligero predominio de hombres emigrantes, mientras en la población general española ocurre lo contrario. Es posible que esta diferencia sea, simplemente, resultado de un retraso en el empadronamiento de las muchachas de servicio o que responda a un hecho real: que en el campo andaluz la proporción de muchachas en el servicio doméstico sea menor que en otras regiones y, por tanto, que la emigración femenina se retrase respecto a la masculina. Pero, a la larga, acaban por compensarse.

Dado que la emigración se justifica por la esperanza de encontrar trabajo mejor retribuido en la industria o en la ciudad, parecería natural suponer que la emigración fuese en principio masculina y que la emigración femenina fuese una consecuencia de este hecho, provocada, a su vez, por la necesidad de establecer nuevas familias. La educación tradicional que recibe la mujer en el campo, el carácter arriesgado de la emigración e incluso la seguridad de encontrarse en la ciudad con problemas de vivienda, parece que justificarían una actitud reacia de la población femenina ante la emigración.

Es cierto que encontramos esta actitud reservada entre las mujeres casadas. En este caso, el hombre emigra primero, y la mujer sólo se decide a seguirle cuando éste ha estabilizado su situación. También es frecuente que sea la mujer, en la familia emigrada, la que más continúe sentimentalmente apegada a su lugar de procedencia. Aunque también encontramos con frecuencia, en el campo, matrimonios en los que es la mujer la que se lamenta de que su marido no se haya decidido a emigrar y empuja a sus hijos o a sus hijas a hacerlo.

Pero, como he dicho ya, son los jóvenes factores decisivos en la emigración. Y entre ellos, el impulso para emigrar no es menos entre las mujeres que entre los hombres. Incluso es posible considerar que es mayor. Las jóvenes, en efecto, son todavía más sensibles que los muchachos a las imágenes de las formas de vida urbana y sienten más que ellos el contraste entre su condición actual y estas formas de vida posible.

En todo caso, no sólo sienten el impulso, sino que lo realizan, y en gran parte lo realizan antes que los muchachos. Su camino

de emigración es el servicio doméstico. El papel del servicio doméstico en la existencia de las muchachas campesinas puede compararse al servicio militar para los muchachos. Significa una inmersión temprana y brusca en la vida ciudadana y una experiencia de independencia respecto al medio familiar y social. Es cierto que el servicio militar lo hacen todos los muchachos, y no todas las muchachas entran en el servicio doméstico. Pero, en cambio, las muchachas entran en el servicio doméstico antes que los muchachos ingresan en el cuartel, y, sobre todo, la mayoría de las muchachas que sirven permanecen indefinidamente en la ciudad, mientras que la mayoría de los muchachos regresan al pueblo terminado el servicio militar, incluso, si regresan, con la firme voluntad de emigrar. Con lo cual ocurre que los muchachos, en el pueblo, que ya han terminado el servicio militar y están en edad de casarse, se encuentran con un déficit de muchachas casaderas. Este hecho tiene una clara influencia sobre la decisión de emigrar.

Las muchachas emigradas por el servicio doméstico no sólo impulsan con su ejemplo —o con su ausencia— la emigración masculina, sino que con frecuencia actúan como eficaces cabezas de puente para la emigración de una serie de parientes y conocidos.

Que la emigración femenina sea tan nutrida por este motivo, ha de significar que la ciudad ofrece gran número de puestos de trabajo por este concepto. Y esto es lo que efectivamente ocurre. Una muchacha campesina llegada a la ciudad encuentra con más facilidad trabajo en una casa particular que un muchacho de su misma edad, procedencia y cultura, en una fábrica. Como consecuencia de esta mayor demanda, la retribución del servicio doméstico aumenta más rápidamente que las retribuciones obreras.

La elevación de la retribución del servicio doméstico se explica, en buena parte, por la creciente hostilidad a los trabajos de "servicio personal". Incluso si por este motivo se llegase a una situación de saturación, las muchachas de procedencia campesina encontrarían ocupación en otras actividades de servicio (hoteles, hospitales, etc.).

He hecho notar ya que la emigración femenina está más perjudicada todavía que la masculina, por la falta de formación profesional, y que para ella no hay escalón intermedio entre el servicio doméstico y la emigración a través del estudio (magisterio).

Abandonando por un momento el tono puramente expositivo de estos comentarios, creo que vale la pena insistir en el papel de la emigración juvenil femenina en la emigración total. Todo intento de influir en la emigración —de retener a los jóvenes en el ambiente campesino— está condenado al fracaso si no encuentra la manera de retener a un número proporcional de mujeres en el campo, y esto sólo es posible si se les ofrece una ocupación no directamente agrícola y un mínimo de comodidades.

4. CARACTERÍSTICAS PERSONALES.

La emigración afecta a todos los estratos de la sociedad campesina y a todos sus miembros. Encontramos, por tanto, emigrantes con las más diversas características. Sin embargo, en la medida en que la emigración representa un proceso selectivo, parece que podemos decir algo sobre la personalidad de sus sujetos.

Si consideramos la emigración como resultado de un fracaso de la incapacidad de sobreponerse a unas condiciones adversas, podemos creer que los que emigran son los menos aptos. Pero si tenemos en cuenta que la emigración significa correr un riesgo en busca de mayores oportunidades, entonces habrá que decir que los que emigran son, justamente, los más aptos, en el sentido de los más audaces o de los más seguros de sí mismos.

Estas dos condiciones extremas se mezclan en proporciones variables según los casos. Cuanto más jóvenes o mejor situados estén los sujetos, más fácil es que su emigración sea el resultado de una decisión activa y, por tanto, que implique cualidades positivas. Cuanto más sea la emigración la respuesta a una situación insostenible —una huida ante la miseria—, más fácil es que sea una conducta meramente pasiva obligada por las circunstancias y que no dice nada sobre las cualidades personales del sujeto. Pero, incluso en este caso, la emigración exige un mínimo de fuerza y de decisión.

En conjunto, puede decirse, por tanto, que la selección actúa como un proceso selectivo en función de cualidades personales e importantes. El promedio de los que emigran es más joven, más fuerte y más emprendedor que el promedio de los que quedan. Respecto a la población campesina, actúa como un proceso de selección a la inversa.

REPERCUSIONES SOBRE EL CAMPO

1. PLANTEAMIENTO ECONÓMICO.

En un territorio dedicado exclusivamente a la agricultura, el nivel de vida de la población —la renta agrícola por habitante— resulta, a la vez, de la productividad de la agricultura y de la relación entre la superficie cultivada y el número de habitantes. Bastaría, por tanto, con disminuir el número de habitantes, si se mantiene la misma superficie cultivada y la misma productividad, para aumentar los ingresos de los que permanecen.

Si contemplamos el panorama del campo español, en muchas regiones este razonamiento nos parece no sólo como una posibilidad, sino como una necesidad inevitable. Basta dividir en cualquier término municipal el número de hectáreas cultivables por el número de individuos o de familias habitantes para darnos cuenta de que con los rendimientos agrícolas actuales esta población no puede llevar un nivel de vida aceptable, cualquiera que sea la forma en que se distribuya la propiedad o la producción.

Naturalmente, a esto puede objetarse que el aumento de la renta puede conseguirse también aumentando los rendimientos. Pero, de hecho, la mayor parte de procedimientos para elevar la productividad agrícola —su tecnificación— supone al mismo tiempo la reducción de la mano de obra empleada y, con ello, la disminución de la población que deriva sus recursos de la agricultura.

En la medida en que estos razonamientos sean ciertos, la emigración será un hecho no sólo necesario, sino favorable para el nivel de vida campesino. Veremos más adelante cómo este aspecto positivo está contrapesado por otros negativos no menos importantes. Pero antes hemos de examinar con algún detalle estas repercusiones económicas directas.

Emigración y mano de obra.

1. La emigración de los trabajadores sin tierras.—Si es cierto que desde nuestro punto de vista actual el campo tiene un excedente de población activa subempleada, no es menos cierto que la economía agraria ha estado tradicionalmente organizada sobre la base de la existencia de una mano de obra abundante y barata, sólo estacionalmente ocupada y, por supuesto, subnutrida. La emigra-

ción masiva de mano de obra campesina trastorna esta organización tradicional y la somete a una fuerte tensión. Su primer resultado es, en efecto, la elevación de los salarios agrícolas y la pretensión de un empleo fijo y de otras formas de seguridad (seguridad social). La explotación agrícola tradicional queda así sometida a una fuerte tensión y ha de hacer un esfuerzo por adaptarse a la nueva situación; esfuerzo que supone, en primer lugar, la mecanización y, en general, un planteamiento económico de la explotación agrícola.

Esta tensión afecta tanto a la gran explotación agraria de centenares o de millares de hectáreas, como al propietario castellano de 100 hectáreas, que contaba con un par de obreros ocasionales y con una cuadrilla de segadores para la siega. Si en el primer caso el problema es más voluminoso, también tiene más medios para resolverlo, mientras para el segundo puede ser más dramático.

Considerada desde este punto de vista, la emigración está, efectivamente, influyendo en el progreso de la agricultura, pero a costa de tensiones que no es posible olvidar. Cuando se lamenta el atraso del campo español o se censura la ineficacia de las medidas para mejorarlo, se olvida demasiado fácilmente que nuestro campo está atravesando una auténtica revolución, de la que los emigrantes, "votando con los piés", son los primeros protagonistas.

Emigración y estructura de la propiedad.

En las regiones donde predomina el latifundio, los que emigran son, exclusivamente, los trabajadores agrícolas, y no los propietarios (prescindo de los pequeños propietarios marginales, que en este momento no tienen interés para la discusión). Los propietarios no emigran porque no tienen necesidad de hacerlo, y en bastantes casos, incluso, porque hace tiempo que ya emigraron para llevar en la ciudad una vida más acorde con su posición social. La emigración de sus trabajadores les obliga, como he dicho, a un replanteamiento económico de su explotación. Este replanteamiento significa, en el límite, convertir la explotación en una empresa agrícola. Esta conversión supone una presencia activa en la dirección de la explotación, con lo que se produce el hecho, sólo en apariencia paradójico, de que la emigración de los trabajadores del campo a la ciudad obliga a ciertos propietarios a "reemigrar" de la ciudad al campo.

Es cierto que este proceso de modernización de las grandes explotaciones no es general. En muchos casos, la falta de mano de obra lo único que produce es una explotación deficitaria y en retroceso. Pero es imaginable que esta situación no puede prolongarse indefinidamente y que, espontáneamente o por presión exterior, acabarán imponiéndose unos rendimientos mínimos que exigirán una reestructuración de la propiedad donde ésta no esté plenamente aprovechada.

En las regiones de propiedad muy distribuída (minifundio) la falta de mano de obra influye, en principio, de forma parecida. El propietario castellano de 100 hectáreas o de 200 hectáreas de secano sustituye sus trabajadores por un tractor y el alquiler de una cosechadora. Su explotación es así más rentable, pero a condición de que sea él quien se sienta en el tractor, mientras que antes se limitaba a vigilar las labores.

Para el propietario más pequeño los problemas son similares, pero las soluciones han de ser distintas. El no tiene medios económicos para adquirir un tractor, ni tierra suficiente para ocuparlo a pleno tiempo. El progreso de la agricultura, en este caso, exige, necesariamente, una reforma de la estructura de las explotaciones. Basta tener en cuenta que dividiendo el número de hectáreas cultivadas en un término municipal castellano o gallego, no ya por el número de habitantes, como antes decía, sino por el número de cultivadores, nos resultan unas dimensiones para la explotación media totalmente insuficientes. Por ello, la emigración arrastra también a muchos pequeños y minúsculos propietarios.

Con lo cual encontramos un nuevo efecto de la emigración. En la medida que los emigrantes son cultivadores propietarios de tierra, por poca que sea, los que permanecen en el pueblo ven aumentar el tamaño medio de sus explotaciones, porque arriendan las tierras de los que han emigrado o, lo que es más raro, las adquieren.

Este fenómeno, que de alguna manera ocurre en todas las comarcas de minifundio, no se produce sin dificultades. Un ejemplo típico basta para ilustrarlas. Cuando, en una familia, varios hermanos emigran y otros, o uno solo, quedan al cuidado de la propiedad familiar, los hermanos emigrados esperan recibir una renta por la tierra que por la herencia les pertenece, mientras los que quedan en el pueblo consideran que los emigrados han elegido la

mejor parte, llevan en la ciudad una vida más cómoda y todavía quieren aprovecharse de los resultados de su esfuerzo.

Esta oposición de puntos de vista entre cultivadores arrendatarios y emigrantes es un fenómeno general. Como normalmente se trata de parcelas pequeñas y de cantidades reducidas, es frecuente que los pagos se espacien y se retrasen y que el emigrante arrendador se sienta descontento. Su situación es mucho más cómoda si en el pueblo existe alguna forma cooperativa de explotación en común de la tierra. Sus ingresos son, en este caso, más regulares, pues la cooperativa lleva algún tipo de contabilidad y porque la cooperativa está interesada —o debería estarlo— en disponer de más tierras, porque normalmente tiene un exceso de mano de obra en relación con la tierra que cultiva.

Casi no hace falta añadir que el emigrante arrienda sus tierras con más facilidad —y, por tanto, su emigración es más cómoda— si en el término se ha efectuado la concentración parcelaria.

Emigración y ganadería.

Las consideraciones que he hecho sobre el papel económico de la emigración suponían un territorio exclusivamente dedicado a la agricultura. Si en el mismo territorio coexisten otras actividades, se puede suponer que un fuerte desarrollo de éstas permitiese elevar el nivel de vida de la población sin necesidad de emigrar. Esto es especialmente cierto en la industria; en una comarca con algún desarrollo industrial, aunque sea industrialización de los productos agrarios, la emigración puede evitarse. Pero la industria, por más que se expande, no puede alcanzar a todo el territorio.

La que sí puede alcanzarlo es la ganadería, y es lógico creer que hay muchas regiones agrarias españolas que sólo pueden esperar un aumento sustancial del nivel de vida de un desarrollo ganadero.

Pero, en este sentido, la influencia de la emigración es muy pequeña. La emigración de los pastores es, proporcionalmente, más importante que la de los trabajadores agrícolas, y la elevación de la retribución de los pastores es, también proporcionalmente, más importante. Pero lo único que esto ha producido es una crisis de minúsculas explotaciones ganaderas. La mejora técnica de la ganadería y su reforma estructural escapan a las posibilidades de los pequeños agricultores que se ven afectados por esta crisis.

Todas las consideraciones que acabo de hacer pueden interpretarse, económicamente, como positivas; vendrían a representar que en el pueblo, a consecuencia de la emigración, menos personas producen y se distribuyen la misma cantidad de riqueza.

Disminución de la población.

Pero hay alguien a quien este razonamiento no convencería; son los comerciantes y artesanos, a quienes la progresiva disminución de habitantes y, por tanto, de clientes, afecta directamente. Especialmente en los pueblos grandes, minados por la emigración, este hecho es muy visible y los propios comerciantes se convierten en candidatos a la emigración.

La decadencia de los artesanos tiene otro motivo, ligado, no a la emigración, sino al progreso técnico. La mayoría de artesanías agrícolas estaban ligadas a las formas tradicionales de trabajo. La desaparición de los animales de labor, de la siega o del arado romano, por poner sólo algunos ejemplos, arrastran su colapso.

Que en el pueblo se siga produciendo la misma cantidad de riqueza o más y que, al mismo tiempo, en el pueblo se gaste menos en comercio, artesanía y servicios, no se explica simplemente por la disminución del número de habitantes. La razón profunda es que una mayor proporción de los ingresos del pueblo se gastan fuera. Esto ocurre, en parte, por la mayor facilidad de las comunicaciones, que permiten adquirir lejos los bienes de consumo, y, en parte, por las nuevas formas de producción, que exigen cada vez más medios, que sólo en el exterior pueden adquirirse (tractores, abonos, semillas). Así la balanza comercial es cada vez menos favorable a la comunidad agrícola.

La disminución del número de habitantes no sólo perjudica a los comerciantes y artesanos; repercute también sobre la cantidad y calidad de servicios que se prestan al pueblo. Si en el pueblo hay cada vez menos escolares y menos pacientes, un maestro o un médico tendrá menos intereses en establecerse en él. Con menos escolares y menos fieles, reparar la escuela o la iglesia aparece como una empresa inútil. La compañía que suministra fluido eléctrico no se siente impulsada no ya a mejorar el servicio, sino ni tan sólo a hacer los gastos necesarios para mantenerlo en funcionamiento. Y el presupuesto para la traída de aguas cada vez se justifica menos.

Entramos con esto en los aspectos negativos de la emigración para el pueblo, y acabo de aludir al primero, que es bien grave. La emigración se justifica en la conciencia de sus sujetos como la negativa a aceptar unas formas de vida insatisfactorias por falta de servicios y comodidades necesarias y deseables. Y la emigración por sí misma agrava el fenómeno que lo provoca. Para decirlo con una frase: si los emigrantes que se marchan consideran el pueblo aburrido, con cada uno que se ausenta el pueblo se hace realmente más triste y menos animado.

Aceleración de la emigración.

Pero la influencia negativa de la emigración es mucho más fuerte que la disminución numérica de los habitantes del campo. El hueco que cada uno de ellos deja con su ausencia es perfectamente visible para los que siguen en el pueblo. Cada día de su vida y de su trabajo estará marcada con la comparación con lo que han hecho los emigrantes y por la tentación de seguir su ejemplo. La emigración y la suerte que han corrido los emigrantes es un gran tema de conversación en el pueblo.

Tanto más cuanto que los emigrantes no se limitan a ausentarse, sino que mantienen vivo su recuerdo. La mayoría escriben, y bastantes regresan ocasionalmente al pueblo. En los días de fiesta mayor del pueblo —cualquier pueblo campesino— rebulle de visitantes emigrados.

Estos contactos tienen una importancia extraordinaria. El campesino tiene muchas maneras de conocer las formas de vida urbana y las posibilidades que ésta ofrece y que no tiene en el pueblo. Los medios modernos de comunicación y de información —la televisión especialmente— juegan un gran papel en este sentido. Y también las mayores facilidades de comunicación, que permiten visitas esporádicas a centros urbanos. Así la desvalorización de las propias formas de vida —condición previa para la emigración— se hace fácilmente explicable. Pero no basta con creer que el mundo urbano es mejor y más apetecible; hace falta convenirse de que este mundo está abierto al campesino, al que está en las mismas condiciones que el que ha llegado a esta creencia. Y la demostración la ofrece el contacto con el emigrado, con el pariente, con el convecino que ha corrido la aventura y ha logrado situarse en el nuevo ambiente. A lo que hay que añadir todavía que

el emigrado no sólo ofrece su ejemplo a los que quieren seguirlo, sino un punto de apoyo efectivo a los nuevos emigrantes.

Así la emigración es un proceso que se autoalimenta, los emigrantes provocan emigración. Y para los que no se deciden a seguir su ejemplo, el peso no es menos fuerte: son los que no se atreven a emigrar. La emigración masiva provoca en los que permanecen en el pueblo una clara impresión de inferioridad.

Envejecimiento de la población.

El efecto a que acabo de referirme es todavía cuestión de número, tanto más fuerte cuanto mayor es el número de emigrados. Pero los que emigran no son una muestra al azar de la población, sino una muestra seleccionada; en conjunto, en cualquier nivel social campesino, el término medio de los que emigran es más joven que el de los que permanecen. Y no sólo más joven, sino más emprendedor, pues la emigración, incluso en las peores condiciones, exige un mínimo de decisión y de audacia. Así, la emigración no sólo disminuye la población campesina, sino que la envejece y la debilita.

Este hecho es particularmente importante para el futuro del campo; mucho más que la disminución de la población en términos absolutos, porque supone que la emigración arrastra del campo justamente a los individuos que podrían impulsarlo. En una época en que, como hemos visto, el campo se enfrenta con una auténtica crisis estructural, que sólo puede superar a base de un extraordinario esfuerzo de adaptación, que en muchos aspectos supone una auténtica creación, la falta de elementos jóvenes y emprendedores equivale casi a decretar la imposibilidad de este esfuerzo. De todos los problemas que tiene planteados el campo, creo que éste es el más importante y el de pronóstico más negativo, pues cualquier solución que se proponga, por buena que sea, requiere unos sujetos capaces de ilusionarse por ella. Piénsese en la diferencia que significa el que en una cooperativa predominen los jóvenes o predominen los viejos.

La marcha de los jóvenes tiene una consecuencia biológica inmediata, a la que acabo de referirme: el envejecimiento de la población, que se refleja en forma típica en la pirámide de edades. Pero tiene, además, una consecuencia biológica a largo plazo. En una aldea minada por la emigración, el coeficiente de mortalidad

es superior a la media de la población española, y el coeficiente de natalidad es inferior. Porque hay menos jóvenes, la proporción de fallecimientos es mayor, y porque hay menos jóvenes nacen menos niños. Lo que significa que, aunque en este momento se detuviese en seco la emigración, la población campesina seguiría decreciendo, al menos, durante unos años.

Impresión de decadencia.

Esta proyección negativa sobre el futuro en orden biológico, tiene un correlato psicológico extraordinariamente grave. La emigración no sólo disminuye la población campesina, sino que produce en los que permanecen una impresión de decadencia inevitable. En la cooperativa en la que predominan, si no los viejos, al menos los hombres maduros —y este es el caso más frecuente en el Campo de Castilla—, ya es grave que falten jóvenes y, con ello, el entusiasmo y las iniciativas que éstos podrían aportar, pero más grave es todavía que los miembros de la cooperativa, precisamente por la falta de juventud, consideren que todo lo que hacen está, en definitiva, condenado al fracaso por falta de continuadores y que lo único que pueden pretender es contener durante un tiempo una evolución que es inevitable.

Esta falta de ilusión por el futuro es el carácter más notable de la vida de muchas poblaciones campesinas y el más negativo. Es la peor de las consecuencias de la emigración. La colectividad campesina, que siente ante las formas de vida urbana una impresión de inferioridad, que sabe que por su propio esfuerzo no puede remontar la crisis y duda de la intención de las instituciones sociales —y en primer lugar de la Administración pública— de ayudarle, empieza a dudar de su propia posibilidad de supervivencia.

CONCLUSION

El Plan de Desarrollo prevé que durante los cinco años de su vigencia abandonarán el campo 1.000.000 de personas. En principio, no hay por qué asustarse de esta cifra, que forzosamente ha de ser una previsión muy aleatoria, ni de cualquier otra que se proponga. El campo podría, perfectamente, adaptarse a las nuevas circunstancias, podría producir más que ahora y gozar de un

mayor nivel de vida con menos población que la actual. Pero para esto haría falta que se cumpliesen ciertas condiciones.

Y entre ellas está, en primer lugar, el que la emigración no sea una huida colectiva, no arrastre del campo a los hombres que justamente podrían sostenerlo e impulsarlo, no condene al campo a una decadencia irremisible. Para la estadística, un millón de individuos son un millón en cualquier caso, pero para la sociedad los individuos no son intercambiables; según sea la composición de este millón de hombres, la emigración puede significar el establecer el campo sobre una base económica más sólida o su hundimiento definitivo.

Todos sabemos que en las circunstancias actuales un cierto desplazamiento de población de la agricultura a la industria y del campo a las zonas urbanas es inevitable. Todos creemos que una política de desconcentración industrial y de extensión de los servicios urbanos aliviaría los aspectos más negativos de esta emigración —política que a menudo oímos predicar, pero no vemos que se cumpla—. Todos, finalmente, participamos de la idea de que, en la medida en que la emigración sea inevitable, hay que preparar a los emigrantes, por ejemplo, a través de la formación profesional, para que se adapten mejor a las circunstancias de su nuevo destino.

Pero en las discusiones actuales sobre la emigración nos gustaría que se hablase también de sus consecuencias para el campo. No para proponer que se impida o se elimine, lo que ya sabemos es imposible, pero sí para evitar que la emigración sea forzosamente una selección en contra del campo.

Hablar de medidas concretas en este sentido escapa ya al tema de estos comentarios. Voy a limitarme a una observación que, a mi juicio, es capital.

Todos los que tratamos el tema de la emigración interior nos referimos al desequilibrio entre el nivel de vida en el campo y en la industria y al contraste entre las formas de vida campesina y urbana. Pero el motor profundo de la emigración como huida colectiva es lo que he llamado impresión de decadencia, la falta de un futuro colectivo. Sólo si es posible ofrecer a los jóvenes campesinos la impresión de poder colaborar en una tarea colectiva de cara al futuro, será posible vitalizar el campo. Si esto no se consigue, todas las medidas en favor del campo quedarán en letra muerta.

No trato, al decir esto, de proponer que todos los jóvenes campesinos permanezcan en el campo, lo que sería tan utópico como impedir la emigración. En cualquier circunstancia, la emigración continuará siendo, sobre todo, camino para los jóvenes. Se trata, simplemente de invertir la corriente, de que algunos jóvenes, y precisamente entre los más activos y capaces, consideren que en su ambiente, sentados en un tractor, impulsando una cooperativa o llevando una escuela, tienen un futuro más lleno de posibilidades personales que en la emigración. El día que esto ocurra, la historia del campo habrá cambiado de sentido. Confesemos que no sabemos cuándo llegará este día, ni tan sólo si llegará. Haría falta una larga serie de medidas para provocarlo, y todavía es posible dudar de si bastan los recursos administrativos para despertar una vocación colectiva.

RESUMEN

En líneas generales, la emigración puede explicarse como el resultado de un desequilibrio económico, producido por el desarrollo industrial y urbano, en contra del campo. Este desequilibrio se traduce, en la conciencia campesina, en una desvalorización de sus propias formas de vida y en una desconfianza en sus posibilidades de progreso individual y colectivo en su propio ambiente.

Una consideración simplista de la emigración la reduce a un trasvase de población sobrante en el campo, por efectos del progreso técnico, y necesaria en las regiones industrializadas, por el desarrollo de la industria. Pero para comprender sus repercusiones no basta con atender a la cifra total de los desplazamientos; hay que aclarar las características de los que emigran.

No toda la población campesina es emigrante. La emigración está condicionada por la geografía, por la estructura social (trabajadores agrícolas, hijos de pequeños propietarios, etc.), por la edad y por el sexo. En la ponencia se discute el papel de estos factores en la actual emigración española.

En la medida en que la emigración española puede considerarse como una "huída ante la miseria" —y ciertos factores invitan a entenderlo así—, puede reducirse a la compensación de un desequilibrio, y, por tanto, puede juzgarse favorable para el campo. Pero, en gran parte, la emigración es el resultado de una voluntad activa de promoción, como lo revela el predominio de jóvenes entre los emigrantes. En este sentido, la emigración actúa como una "selección a la inversa" y tiene efectos fatales para el campo, porque le quita los elementos que podrían impulsar su desarrollo.

RÉSUMÉ

Dans ses grandes lignes, on peut expliquer l'émigration comme le résultat d'un déséquilibre économique produit par le développement industriel et urbain au détriment de l'agriculture. Ce déséquilibre se traduit dans la conscience paysanne par une dévaluation de ses formes de vie et par une méfiance pour son milieu.

Une considération simpliste de l'émigration la réduit à un transfert de la population agricole devenue excédentaire en raison du progrès technique vers les régions industrialisées où le développement de l'industrie le rend nécessaire. Mais, pour comprendre ses répercussions, il ne suffit pas de considérer le chiffre total des déplacements, il faut éclaircir les caractères des émigrants.

Toute la population paysanne n'émigre pas. L'émigration est conditionnée par la terre, par la structure sociale (travailleurs agricoles, enfants de petits propriétaires, etc.), par l'âge et par le sexe. On discute dans le rapport le rôle de ces facteurs dans l'émigration espagnole.

Dans la mesure où l'émigration agricole peut être considérée comme "une fuite devant la misère" —et certains facteurs invitent à la considérer ainsi— on peut la réduire à la compensation d'un déséquilibre et donc on peut juger qu'elle est favorable à l'agriculture. Mais, en grande partie, l'émigration est le résultat d'une volonté active de promotion, comme le révèle la prédominance des jeunes chez les émigrants. En ce sens l'émigration joue comme une "sélection à rebours" et a des effets funestes pour l'agriculture car elle la prive d'éléments qui pourraient mener son développement.

SUMMARY

On general lines, emigration may be explained as the result of an economic imbalance, produced by industrial and urban development as against the countryside. This imbalance is translated in the peasant's conscience as an undervaluing of his own forms of life and lack of confidence in his possibilities of individual and collective progress in his own natural sphere.

A simplified consideration of emigration reduces it to a transference of the surplus population in the countryside, for purposes of technical progress, and necessary in the industrialised regions because of the development of industry. But to understand its repercussions, it is not sufficient to think only of the total figure of the persons displaced, but to clarify the characteristics of those who emigrate.

Not all the peasant population are emigrants. The emigration is conditioned by the geography, by the social structure (agricultural labourers, sons of small landowners, etc.) by age and by sex. This essay discusses the part which these factors play in Spanish emigration today.

In so far as Spanish emigration may be considered as a "flight from misery" —and certain factors invite us to understand it thus— it may be reduced to the compensation of an imbalance and therefore be judged as favourable for the countryside. But a large part of the emigration is the result of an active wish to get on, as is shown by the preponderance of young people among the emigrants. In this sense the emigration acts as a "selection in reverse" and has fatal effects for the countryside, for it removes from it the elements which could drive forward its development.

